LA MUJER DEMÓCRATA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ JACKSON VEYAN.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1870.

LA MUJER DEMÓCRATA

LA MUJER DEMÓCRATA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ JACKSON VEYAN.

Estrenado con extraordinario aplauso en el Teatro del Recreo, el dia 14 de Mayo de 1870.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA	Sta. D.ª Julia Cirera.
AMALIA	Sra. D.ª Concha Collado.
FRANCISCO	D. José Ferreiro.
TEODORO	D. Alfredo Cirera.

La accion se supone en Madrid.

Por derecha é izquierda se entenderá la del actor.

A MI MADRE.

El producto de la imaginacion es un hijo del entendimiento; pero es hijo, y como á tal se le quiere. Si este hijo es el primero, entónces se centuplica el cariño. Para él se desea el mejor escudo que pueda ponerle á salvo de los peligros de la vida. ¿Qué mejor escudo para mi primer hijo, que el nombre de mi madre? Permíteme, pues, que el tuyo, para mí tan querido, figure en la primera página.

Corto tributo á lo mucho que te debe tu hijo

Pepe.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Mesa al foro con un viveron. Velador, y encima, canastilla de costura llena de periódicos, balas y cartuchos. Puertas laterales y al foro. La puerta primera derecha supone ser la habitacion de Aurora y Francisco. La primera izquierda la de Teodoro y Amalia, y la segunda izquierda el interior de la casa. La segunda derecha es balcon.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO, que sale por la puerta derecha.

¡Aun no ha vuelto mi mujer!...
Pues señor, estoy lucido.
Yo que odiaba la política
por su mucho laberinto,
gracias á mi cara esposa
á quien gustan tales lios,
sin comerlo ni beberlo
me encuentro en ella metido.
Se me ha hecho republicana,
y esto la trastorna el juicio.
¡Me habla de la democracia...
del pueblo... del pobre y rico...
de que todos son hermanos...

de que van á dar el grito...
del sufragio universal...
y me habla mal del ministro!...
¡Á mí, que soy empleado
y del turron participo!
Gracias á mi génio afable
y á mi carácter benigno,
pues otro no sufriria
lo que yo sufro, de fijo.
Pero es tan bonita... Y luego,
es tan grande mi cariño,
que andaria de cabeza
si tal fuese su capricho.
Á las doce se ha marchado
dejándome con el niño,
y sin decirme siquiera
cuál era el almuerzo mio.
Creo se ha marchado á un club
donde hay reunion de partido.
¡Sabe Dios cuándo vendrá!...
Y yo solo con el chico!...
Si despierta le daré
(Óyese llanto puerta primera derecha.)
el viveron... ¿Pues no digo?
Ya se despertó... ¡Corramos!
¡Aprieta!... ¡Aprieta, angelito! (Váse derecha.)

ESCENA II.

AURORA, saliendo por el foro derecha.

¡Uf! ¡Yo vengo sofocada!
¡Qué escándalo!... ¡Qué bullicio!
¡Qué confusion y qué voces!...
¡Qué entrar y salir sin tino!
Uno... «¡pido la palabra!»
Otros... «¡Que calle ese pillo!»
Llama el presidente al órden
y responden con silbidos.
¡Qué bien habla Castelar,
y con qué tono tan digno!
Como marché esta mañana,
y aun á mi esposo no he visto,

me vine sin oir el fin
de discurso tan magnífico.
Desesperado estará
sin almorzar ni... ¡Dios mio!
¿Por qué me habré yo casado?...
Para esta vida no sirvo.
Yo quiero salir y entrar
sin pedir ningun permiso...
Y eso, que más complaciente
de lo que es, el pobrecillo.
Él barre, él hace las camas,
friega, y espuma el cocido,
pero siempre es un estorbo
por más que sea un bendito.
Si yo estuviese soltera
tiraria estos vestidos;
me pondria pantalones,
y ofreciendo mis servicios
á un batallon de milicia,
habia de dar más ruido
con mi fusil y mi quepis
que dos mil hombres reunidos.
¡Soy republicana pura
y de ello me felicito,
y á los que me hablan de *reyes*
les romperia el bautismo!
Se me subleva la sangre
tan sólo al oir el himno
de Riego, y por esas calles
saldria pegando tiros
en cuanto hubiese jarana,
y diciendo á voz en grito...
¡Que viva la libertad
y que muera el despotismo!

ESCENA III.

AURORA y FRANCISCO, puerta derecha, con viveron.

FRANC. ¿Es hora de que volvieses?
Yo ya no hubiera venido.

AUR. Y qué quieres, los negocios...
como tú no eres político,
no comprendes los deberes
de una mujer de partido.

FRANC. Tus deberes son tan sólo
cuidarme á mí y á tu hijo,
sin meterte en la política,
que no te importa un comino.

AUR. ¡Pues yo tengo mis ideas
y tú tendrás que sufrirlo,
que no me he de esclavizar
al gusto de mi marido!

FRANC. Ni yo me he de estar en casa
dando de mamar al niño (Con el viveron.)
porque á tí te dé la gana
de marcharte los domingos
á ver si los milicianos
hacen bien el ejercicio.
Yo, faltando á la oficina,
me quedaré sin destino,
y si Dios no lo remedia
nos llevarán al Asilo.

AUR. Tome usted una criada
y así estará bien servido.

FRANC. Claro... con seis mil reales!...
Demasiado los estiro.
Ya ves, por economía
á Teodoro hemos cedido
media casa.

AUR. No te apures,
que cuando triunfen los mios!...

FRANC. Me quitarán el empleo,
y quedaremos lucidos,
que siempre esas recompensas
son las que dan los partidos.

AUR. Pues hijo, tú haz lo que quieras,
mas yo por mí no desisto.

FRANC. ¡Es que las mujeres deben
obedecer al marido!

AUR. ¡Eso era en tiempos serviles,
pero hoy dia no es lo mismo!
¡Ahora todos somos dueños

de obrar á nuestro albedrío!
¡Yo soy una ciudadana
y mis derechos exijo!

FRANC. ¡Pues yo soy un ciudadano:
estoy en mi domicilio;
soy el amo de esta casa,
y desmanes no permito!

AUR. Está usted en su derecho,
por lo tanto, me despido... (Yéndose.)

FRANC. ¡Pero Aurorita, por Dios!...
Reflexiona...

AUR. No transijo.
Recogeré mi equipaje
y en seguida me retiro.

FRANC. Si todo ha sido una broma...
Quédate, te lo suplico.

AUR. Cedo, con la condicion
de seguir siendo lo mismo.

FRANC. Bien, hija; consiento en todo...
(En yéndose soy perdido.
Es tan bonita, que... vamos,
no puedo ponerme rígido.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, AMALIA y TEODORO, puerta primera izquierda.

AMALIA. ¡Hola! ¿Estamos de disputa?
¿Por qué ha sido la contienda?

AUR. Ya ves tú, por lo de siempre,
porque mi esposo se empeña
en llevarme la contraria
para que armemos quimera.

FRANC. (Nada, Teodoro, imposible.
Sigue constante en su tema.
Con la política, chico,
me aburre y me desespera.

TEOD. He concebido un proyecto,
que quiero indicarte...

FRANC. Sea:
vente conmigo á mi cuarto,
y hablaremos sin reserva.)

TEOD. Con el permiso de ustedes
nos vamos á esa otra pieza.
Tenemos que hablar los dos
de un asunto que interesa.

AUR. Pueden ustedes marcharse
por nosotras, cuando quieran.

TEOD. (He combinado yo el plan
para quitarle su idea;
y aborrece la política
ó pierdo yo la cabeza.

FRANC. ¡Ay, Teodoro, Dios te oiga!

TEOD. Espero que así suceda.) (Vánse puerta derecha.)

ESCENA V.

AURORA y AMALIA.

AUR. ¡Gracias á Dios que se fué!

AMALIA. Mal con tu esposo te llevas.

AUR. Él y yo no congeniamos.
No es posible que se avenga
mi genio fogoso y vivo
con su calma sempiterna.
Yo que quisiera un esposo,
que republicano fuera:
que tuviera desafíos,
que armase dos mil pendencias;
que se metiera en política,
que le gustase la gresca:
que le hiciesen diputado,
que desterrado anduviera,
y que fuese presidente,
para ser yo *presidenta*.

AMALIA. Aurora, tú y yo pensamos
de muy distinta manera.
Quiero un hombre de razon
y no amigo de quimeras.
Amante de su familia,
de pura y recta conciencia.
Un hombre, sin opinion
que jamás le comprometa...
por eso adoro á mi esposo...,

por eso vivo contenta.
AUR. Pues, hija, tienes mal gusto,
aunque digas lo que quieras.
Un hombre sin su partido
no es más que un cero á la izquierda,
sin tener aspiraciones,
pues nunca los suyos llegan.
¡Jesus! Mejor que pancista,
como el mio, ántes quisiera
que fuese carlista ó neo,
con tal que partido tenga.
AMALIA. Aurora, á mí me parece
que obras con poca prudencia.
Atendiendo á la política
á tu marido desdeñas,
y es fácil que busque en otra
el amor que en tí no encuentra.
AUR. ¡Ya se librará muy bien,
y ¡ay! de él, como yo supiera!...
AMALIA. Pues ten presente que es fácil,
no diré yo que suceda,
y á tus contínuas locuras
será justa recompensa.
Te olvidas de tu marido:
sólo atiendes á tu idea,
y los goces conyugales
en tu ceguedad desprecias.
¿Dime, Aurora, dónde existe,
dónde hay placer en la tierra
como cuidar á su hijo,
atender á las haciendas
de la casa, á la costura,
á lo que el deber ordena.
Tu marido en la oficina
trabajando se desvela,
tan sólo para ganar
el pan con que te sustenta,
y cuando vuelve á su casa
para descansar en ella,
si en el rostro de su esposa
una sonrisa no encuentra
que mitigue su fatiga,

si su mujer le desprecia,
no debe quejarse á nadie
si es que el marido la deja.

AUR. Tus reflexiones, Amalia,
no esperes que me convenzan.
Si lo que has dicho sucede,
le romperé la cabeza.
¿Renunciar á la política,
que es mi esperanza risueña?
No acudir á reuniones
ni ocuparme de la prensa.
¿Yo cambiar mi carabina,
por agujas de hacer media?...
¿Yo cuidar de los garbanzos...
fregar... barrer... bueno fuera
que teniendo yo este temple
hiciese tales faenas!
Primero me pego un tiro
que consentir tal bajeza...
porque tengo más alientos
que el guapo Francisco Esteban.

AMALIA. Pues desoyes mis razones,
y no escuchas mi advertencia,
bien está, pero algun dia
tal vez de ello te arrepientas.

AUR. Con tus sermones, Amalia,
estás pesada de veras,
y á mí jamás me ha gustado
que ninguno me reprenda.

AMALIA. No es reprension, es consejo,
pero ya que te molesta...

AUR. Sí; me molesta, y me cansa.

AMALIA. Puesto que lo quieres sea,
pero no sé qué provecho
sacarás de tus ideas.

AUR. ¿Qué provecho?... En dos minutos
te explicaré mi sistema.
Suprimiré los estancos
y los derechos de puertas.
No habrá quintas, que la tropa
si llega un caso de guerra,
la alquilaremos por horas

como un coche de carrera.
El que tuviese dinero,
se lo dará al que no tenga.
Las mujeres gozarán
de absoluta independencia,
y el hombre estará sujeto
á lo que la esposa quiera.
Se establecerán colegios
para que estudien las hembras
abogacía y farmacia,
en vez del punto de media,
y podremos ser ministras,
abogadas ó ingenieras.
Las haciendas de la casa
serán del marido cuenta.
Se suprimirán los hijos...
como el marido no tenga
para costear el ama
y despues una niñera.
Se formará un comité,
como existe en Inglaterra,
para defender al sexo
débil, por naturaleza...
Y entónces... ¡ay de los hombres
que á propasarse se atrevan.
El que falte é su palabra
tendrá cadena perpétua.
El que pise un miriñaque
sufrirá la misma pena,
y el que tenga una querida
¡garrote vil!... Considera
si con estas libertades
viviremos satisfechas.
Ademas...

AMALIA. Bueno; ya basta.
No me quiebres la cabeza
con tus sandeces, Aurora.
Déjame en paz...

AUR. Es que aun queda.
Todo el que fuese gobierno
se mantendrá de sus rentas,
librando así á la nacion

de ese mar de sanguijuelas,
que á pesar de tanta sangre
como chupan, no revientan.

AMALIA. Chica, me voy á mi cuarto,
no haga el demonio que vengan
y nos lleven á la cárcel.
Voy á coser:

AUR. Corre; vuela.
Las mujeres, á coser:
es su obligacion primera.

AMALIA. Pues hija, aplícate el cuento,
que á tí te viene de perlas.
(Váse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VI

AURORA, sola.

Yo coser!... ¡Voto al demonio!
Pues estaria yo buena
con la aguja y con los hilos
convertida en mujerzuela.
Se ha equivocado el destino;
yo no nací para hembra,
y diera por ser varon
la mitad de mi existencia.
Revisemos los periódicos,
(Va al costurero y los saca.)
sus noticias me interesan.
Aquí tengo *La Igualdad*,
el *Gil Blas*, y la *Bandera*
Roja. Veamos qué dicen... (Lee)
¡Claro, ya está el rey en puerta!
Pues lo que es como le traigan,
habrá una marimorena...
El pueblo, si ha de ser libre,
por sí mismo se gobierna,
no necesita tiranos
que á su costa se enriquezcan.
Y si se empeñan en ello
nos lo traerán á la fuerza.
¡Por si tal cosa sucede,

mejor será que prevenga
mi carabina, que al cabo
bueno es que lista la tenga,
y en habiendo chamusquina
salgo á la calle con ella,
y no me vuelvo á mi casa
sin matar docena y media!
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA VII.

FRANCISCO y TEODORO, puerta derecha.

TEOD. Nada; empecemos la farsa.
Ya todo arreglado queda.
FRANC. No me dejes mucho tiempo
á solas con esa fiera.
TEOD. Le tienes miedo? ¡Já!... já!
FRANC. No es que yo miedo la tenga,
pero me temo á mí mismo,
porque si se me subleva
la sangre, no hay más, la dejo
sin un pelo en la cabeza.
Ya para tanto sufrir,
chico, me falta paciencia.
Que dé gracias á vosotros,
de lo contrario, á estas fechas
no sé qué hubiera pasado.
TEOD. Paciencia, Paco, paciencia,
que hoy espero que se cure
con el plan que se proyecta.
Vaya, adios. Ten mucha calma.
Avisaré á la portera
para que esté prevenida...
Yo pronto daré la vuelta.
FRANC. Adios, Teodoro, y que el cielo
nos ayude en nuestra empresa.
(Váse Teodoro, foro derecha.)

ESCENA VIII.

FRANCISCO.

¡Si se pudiera saber
lo que una mujer encierra!...
Pero busque usté en la tierra
quien conozca la mujer.
Yo me casé con la mia
de mi eleccion satisfecho...
Era el ojito derecho
de su tia... ¡Mas... qué tia!
¡Aún mi cerebro se inflama
recordando lo que era!...
¡Qué mujer! Era una fiera...
y de tal tronco, tal rama.
¡Solo de pensarlo sudo!
¿La noche que nos casamos,
qué creerán ustedes?... ¡Vamos,
pues se acostó en un felpudo!
Y allí se estuvo hasta el dia,
y cuando yo la llamaba,
no hay de qué me contestaba.
Por la mañana, la tia,
con otros dos mamarrachos
de su edad... *¿Qué es esto, Aurora?*
¿Qué significa?... Señora,
que yo no duermo con machos.
Á las jóvenes se engañan (Remedándolas.)
con caricias... Eso es,
dicen las otras... Las tres,
si no me escapo, me arañan.
¡Llevo un año de casado,
pero me parece un siglo!
Y gracias á que el vestiglo
de la tia está enterrado.
¡Yo soy un besugo en venta!
¡Estoy asado, y no mal,
sólo me falta la sal,
el limon y la pimienta!

ESCENA IX.

FRANCISCO y AURORA, con carabina: puerta segunda derecha.

AUR. ¡Á las armas, españoles! (Etc.)
(Tarareando el himno)
¡Aquí mi marido!
FRANC. ¡Cielos!
¡Mi mujer, con carabina,
transformada en granadero!
AUR. Con aspecto tan marcial,
Francisco, qué te parezco?
FRANC. Ya sabes que odio las armas,
por lo tanto...
AUR. Sí: comprendo.
Nó debí haberla traido;
pero me estoy instruyendo
para cuando llegue el caso
no estar torpe en el manejo.
¡Armas al hombro!... ¡De frente!
FRANC. ¡Bien!... ¡Magnífico! Soberbio!
Me parece regular
que te entretengas en eso,
mientras me faltan botones
en el gaban y el chaleco.
¡Vamos, pónmelos al punto!
AUR. ¿Que yo cosa? Ya estás fresco.
Si quieres, cóselos tú;
ahí tienes mi costurero.
FRANC. ¡Es que no está decoroso
que esté el marido cosiendo,
mientras que su cara esposa
hace el ejercicio!
AUR. Bueno.
Puedes hacer lo que quieras;
mi carabina no suelto.
FRANC. (Tengamos calma, Francisco,
que pronto... aguja busquemos.)
(Coge el canastillo que está sobre el velador)
AUR. ¡Presenten! ¡Descansen!...¡ Ar!
FRANC. ¿Pero Dios mio, qué es esto?

¡La Igualdad! ¡*La Discusion*!
El Gil Blas!... Pues está bueno!
Vaya unos hilos y agujas
que en tu canastillo encuentro...
Balas... cartuchos... pistones...
(Lo deja caer sobre el velador.)

AUR. Como que son mis pertrechos.
Aún no tengo cartuchera,
y por el pronto, ahí los meto.
Agujas, hilos, dedales...
¡Pues vaya unos embelecos!
Eso es cosa de mujeres;
yo no guardo esos enredos.
¡Media vuelta! ¡Marchen!... ¡Ar!

FRANC. ¿Y en tanto, con qué cosemos?

AUR. Pídele avios á Amalia.

FRANC. Paciencia; vamos por ellos.
(Váse y vuelve á salir á poco con canastillo de costura. Puerta primera izquierda.)

AUR. ¡Cómo pesa este armatoste!
Pero es útil, eso es cierto.
Pronto tal vez me haga falta...
Sólo lo guardo por eso.

FRANC. Aquí estoy yo con la cesta; (Saliendo.)
lo necesario busquemos.
Sólo en esto se conocen
sus caractéres diversos.
Aquí, agujas, hilos, sedas...
Allí todo sin arreglo.
Peguémonos el boton. (Empieza á coser.)

AUR. ¡Preparen!... ¡Apunten!
(Apuntando maquinalmente á Francisco.)

FRANC. ¡Quieto!
No descerrajes el tiro,
y me dejes aquí tieso.

AUR. No tengas ningun cuidado,
que por ahora no hago fuego.
No gasto pólvora en salvas.

FRANC. ¡Ya se rompio el hilo!... ¡Cuerno!
que me he pinchado! Ya puedes
dejar tu entretenimiento,
y acabarme de coser

este boton.

AUR. Majadero.
Por fin, me has hecho dejar
la carabina.

FRANC. Me alegro.
Tu obligacion no era esa.
¡Cuidado si me enfurezco!

ESCENA X.

LOS MISMOS, y TEODORO, con pliego, por el foro.

TEOD. Vengo cansado, está claro;
como que vine corriendo.
(Pronto estallará la nube,
todo lo tengo dispuesto.) (Ap. á Francisco.)
Salí, segun mi costumbre,
á mi diario paseo,
cuando en la Puerta del Sol
me encontré con el portero
de tu oficina: venia
para entregarte este pliego:
creyéndolo cosa urgente
lo traje yo.

FRANC. Dame presto. (Lee.)

AUR. Será tal vez que el ministro
te quiera aumentar el sueldo.

FRANC. ¡Cielos! Me dejan cesante.

AUR. ¡Qué es lo que oigo! ¿Será cierto?

TEOD. (Ap á Francisco.) (Aprieta, Francisco aprieta.

FRANC. (Id. á Teodoro.) Ahora verás lo que es bueno.)

FRANC. Sí señora, y usted tiene
la culpa de todo esto.
Con sus malditas ideas
y su opinion del infierno,
aquí me dejaba solo
marchándose de bureo;
y yo en casa con el niño;
y yo poniendo el puchero;
yo barriendo, yo fregando,
y yo haciéndome el almuerzo;
por no dejar solo al niño

esperaba tu regreso,
y ni un dia á la oficina
conseguí llegar á tiempo,
y al cabo de tantas faltas
me dan el cese!

TEOD. (Ap. á Francisco.) (Soberbio.)

FRANC. Ahora diga usted, señora,
qué partido tomaremos.

AUR. ¡Habrá injusticia mayor!
¡Si digo que los gobiernos!...

ESCENA XI.

LOS MISMOS, AMALIA, puerta primera izquierda.

AMALIA. ¿Pero qué es esto? ¿qué pasa?

FRANC. ¡Que sin destino me encuentro!

AUR. ¡No te apures por destino,
que cuando lleguen los nuestros!.

FRANC. El gobierno ha hecho muy bien
dejándome sin empleo.
¡Sin ir nunca á la oficina,
no me iba á estar dando el sueldo!

AMALIA. ¡Están ustedes lucidos!

FRANC. Yo casi, casi, me alegro.
Anda, vete á reuniones,
que echarás lucido pelo,
y cuando vuelvas á casa
política comeremos.

TEOD. (Bravo, Francisco, te portas.)

FRANC. (Teodoro, me estoy luciendo)

AUR. ¡Claro, no tienes partido,
y te desprecian por eso!

FRANC. ¡Pues bien, para complacerte,
ya que hasta aquí fuí un cordero
me dedico á la política,
á la bebida y al juego:
ya se acabó el que yo barra,
y el espumar el puchero;
en cuanto empiecen á tiros
saldré á la calle el primero;
tendré veinte desafios

hasta que me lleven preso,
y me echen á Filipinas
ó me corten el pescuezo;
y si tal cosa sucede
tú tendrás la culpa de ello,
que á salir de mis casillas
me obligastes con tu genio!

AUR. Que hagas tales desatinos
no ha sido mi pensamiento.
Yo no quiero que te expongas.

TEOD. (Ya se ablanda, lo estás viendo?)

FRANC. Pues una vez decidido
mi propósito no dejo.

TEOD. Usted le ha precipitado,
no puede quejarse de esto
que ahora sucede.

AMALIA. Está claro;
sólo sigue tus consejos.

AUR. Yo... puedo hacer lo que quiera,
y todo estará bien hecho.
Pero él es muy diferente,
y por tanto no consiento...

FRANC. Que lo consientas ó no
á mí no me importa un bledo.
¿No dices que somos libres?
Pues á tus dichos me atengo.

AUR. Pues no lo harás.

FRANC. Sí lo haré.

AUR. Yo me opongo.

FRANC. No te temo.

AUR. Á mí no me alces el gallo!

FRANC. ¡Es que á mí no me hables recio!

AUR. ¡Yo soy libre!

FRANC. ¡Yo tambien!

AUR. Es que yo tengo derechos.

FRANC. Yo tambien tendré los mios.

AUR. Á eso sí que no me avengo.

TEOD. (Aprieta, Francisco, aprieta.)

FRANC. ¡Cuenta que si me enfurezco!

AMALIA. Vamos, haya paz, señores.

AUR. ¡No sé cómo me refreno!

FRANC. Por no darte un garrotazo

me retiro á mi aposento.
Salud y fraternidad. (Con sorna.)

AUR. Anda, vete á los infiernos.

ESCENA XII.

AURORA, AMALIA y TEODORO.

AUR. ¡Si no se marcha, le araño!

AMALIA. No tienes razon, Aurora.

AUR. Habráse visto injusticia?
¡quiere ser libre!

TEOD. Y es cosa
natural, ¿no lo es usted?

AUR. Yo hago lo que se me antoja,
gracias á las libertades
que mis ideas me otorgan,
mas consentir que él lo haga,
eso nunca.

TEOD. No pregona
la igualdad.

AUR. En ciertos casos...
en este no me acomoda. (Campanilla.)

AMALIA. Han llamado.

AUR. ¿Quién será?

AMALIA. Voy á ver...

TEOD. (Siga la broma.)
No va á ver mal cipizape
si llega la carta ahora.

AMALIA. Es la portera que sube (Saliendo foro.)
con esta carta.

TEOD. (La gorda.)

AMALIA. Dice que para tu esposo
se la entregó una señora.

AUR. Dame á ver... ¿De quién será?

TEOD. Pero va usté á abrirla?

AUR. Toma,
viniendo para el esposo
aunque lo lea la esposa...
(No sé por qué me figuro
que esta carta...) (Sin abrirla.)

TEOD. (Ya se amosca.)

AUR. «*Mi querido Paco.*» ¡Cielos!
¡Qué miro!

TEOD. (Cayó la bomba!)

AUR. (Leyendo.) «Querido Paco:
»¡ay, Paco mio!
»hace tres dias
»que no te he visto,
»y desde entónces
»Paco, no vivo.
»Ven pronto, Paco,
»mira que al niño
»le van saliendo
»dos dientecitos.
»Ya dice «papá.»
»Para el domingo
»quiero le compres
»un vestidito
»y que lo lleves
»como á otros chicos,
»á pasearlo
»por el Retiro.
»¡Paco del alma!
»¡Ay, mi Paquito!
»quieran los cielos
»cual yo les pido,
»librarte pronto
»de ese castigo
»que por esposa
»te dió el destino.
»Es una fiera,
»segun me han dicho.
»Un coracero,
»que es tu martirio.
»Rompe con ella,
»ven Paco mio,
»que aquí en mi seno
»de amor henchido,
»sólo hay ternezas,
»sólo cariño.
»Las carabinas
»y el ejercicio,
»deja á tu esposa,

»que yo te brindo
»con esos goces
»que no has sentido.
»¡Paco del alma!
»¡Paquito mio!
»quieran los cielos
»cual yo les pido,
»librarte pronto
»de ese martirio
»que por esposa
»te dió el destino.
»Tuya por siempre...
»Ángela Trillo.»

(Durante la lectura dará muestra de furor, y mirará á Teodoro y Amalia.)

¡Dios mio, qué es lo que veo!
¡Una querida! ¡Bribona!
¡Él, que parecia un santo!
¡Ángela Trillo!... ¡Gazmoña!

AMALIA. Claro, al fin ha sucedido
lo que dije; rigurosa
le tratastes y ha buscado
cariño y amor en otra.

AUR. ¡No me vengas con sandeces!
¿Por qué á los hombres no ahorcan?
¡Son unos pillos! ¡Malvados!
¡Sus mujeres abandonan!

TEOD. Le doy á usted muchas gracias,
por la parte que me toca.

AUR. ¡Dónde estará mi marido!...
¡Hoy le rompo alguna cosa!

TEOD. (Va á haber una chamusquina
que ni el incendio de Troya.)

AUR. ¡Voy á buscarle!

AMALIA. (Deteniéndola.) Pero oye...

TEOD. Sosiéguese usted, señora.

AUR. Ay! Á mí me va á dar algo.
Me siento mal...

AMALIA. Reflexiona...

AUR. ¡Hoy he de beber su sangre!
Lo que más me desazona
es lo del niño... ¡¡Y con dientes!!

Es decir que ya trae *cola*
el asunto.

TEOD. (Nuestro embrollo
parece que le impresiona.)

AUR. ¡Aquí se acerca el infame!
¡No tendré misericordia!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, FRANCISCO, puerta derecha.

FRANC. (Ya ha estallado la tormenta.)
Por qué tanto te sofocas? (Con sorna.)

AUR. ¡Traidor! ¿Tú me lo preguntas?
¡Mira pues!... (Enseñándole la carta.)

FRANC. (Despues de mirarla.) ¿Y eso qué importa?

AUR. ¡Cómo! ¿Acaso lo confiesas?
¿Aún de mi furor te mofas?

TEOD. (¡Pues señor, aquí se arañan!)

AMALIA. Vamos, sosiégate, Aurora.

FRANC. ¿Y eso qué tiene de extraño?
¿No puedo yo amar á otras?

AUR. ¿Cómo se entiende, perverso?
¡Inícuo!

FRANC. Fuerte lo tomas.
Yo soy libre, y puedo hacer
aquello que se me antoja.

AUR. ¡No hay libertad que permita
tu conducta perniciosa!

FRANC. Ni tampoco hay libertad
que permita á una señora
el jugar con su marido
cual si fuese una pelota.

AUR. La cuestion es diferente.

FRANC. ¿Lo que yo haga, qué te importa,
si te dejo hacer tu gusto?

AUR. ¡Yo no consiento tal cosa!

TEOD. (Fuerte, Francisco; no cedas,
que esto marcha viento en popa!)

AUR. ¿Es decir que mientras yo
aquí te dejaba á solas,
te marchabas de bureo

con tu querida?

FRANC. Pues toma;
en algo he de entretenerme
mientras que tú me abandonas.

AUR. ¿Y quién será esa mujer?...
¡Sin duda, alguna... fregona!
¡Y me llama coracero!...
¡Á mí, que soy tan modosa,
y tan mujer de mi casa!
¡Lo que es como yo la coja,
le arranco el moño!

FRANC. ¿Quién... tú?
¡Cuidado como la tocas!

AUR. ¿Cómo? ¿Acaso la defiendes?
¡Ya mi paciencia se agota!
¿Dónde está mi carabina?... (Buscándola.)

FRANC. ¿Claro, y luego te incomodas,
si te llaman coracero?
¿Qué mujer gasta esas cosas?

AUR. ¡Yo no necesito armas;
genio y corazon me sobra
para arrancarte la lengua!

AMALIA. Cálmate por Dios, Aurora.

AUR. Déjame; quiero vengarme!

FRANC. ¡No me venga usted con roncas!
Si me incomodo...

AUR. ¡Malvado!

FRANC. ¡Yo hago lo que me acomoda!
¡Me marcho, por que si no!...

AUR. ¡Es claro, á ver á la otra!
Márchate pronto y no vuelvas.
Con tu presencia me enojas.
Mejor, viviré más libre.
Un marido siempre estorba.
Iré á bailes y á tertulias;
á los cafés y á la fonda,
y ya que tienes queridas
tampoco viviré sola:
tendré doscientos amantes,
y pasearé en carroza:
y he de montar á caballo;
y tiraré á la pistola,

y gastaré y triunfaré;
y mientras mi ausencia lloras,
yo bailaré de alegría
gozándome en tus congojas! (Rápido.)

FRANC. ¿Yo llorar porque me dejes?
Pues no faltaba otra cosa.
¡Mejor: viviré más ancho;
una mujer siempre estorba!
¿Vas á bailes? ¡Yo tambien!
Precisamente me arroban.
¿Tienes doscientos amantes?
Yo tendré quinientas novias.
¿Vas á fondas y á cafés?
Pues yo iré á cafés y á fondas.
Si tú en carroza paseas,
yo pasearé en carroza.
Si es que montas, yo tambien.
Si tiras á la pistola.
Yo al florete tiraré
y gozaré si tu gozas.
Y gastaré y triunfaré;
y mientras mi ausencia lloras,
yo bailaré de alegría
gozándome en tus congojas.

TEOD. Señores, no incomodarse!
No es para tanto la cosa.

AUR. ¡Y no te veré jamás!

FRANC. ¡Ni yo tampoco!

TEOD. ¡Señora!...

AUR. ¡Te aborezco!

FRANC. ¡Te abomino!

AUR. ¡Eres un vil!

FRANC. ¡Tú traidora!

AUR. ¡Vete pronto!

FRANC. ¡Ya me marcho!

AUR. ¡Adios!

FRANC. ¡Reniego de la hora!...

AUR. ¡En que yo te conocí!

FRANC. ¡En que yo te ví, gazmoña!

AUR. ¡Falso!

FRANC. ¡Infiel! (Váse foro derecha.)

AUR. ¡Perjuro!... ¡Neo!!!

(Siguiéndole hasta el foro y muy marcado.)
¡Jesus, la rabia me ahoga! (Se sienta.)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS menos FRANCISCO.

AUR. ¡Dios mio; yo desfallezco!
¡Puede darse más perfidia!
TEOD. Usted con sus desvaríos,
á su esposo precipita.
AUR. ¡Cómo! Le parece poco
lo que ha hecho?
AMALIA. ¿Tú imaginas
que él tiene la culpa?
AUR. Claro;
qué otra cosa pensaria?
AMALIA. Aurora, la tienes tú;
perdona que te lo diga.
Si tu esposo te mirase
tierna, amorosa y solícita,
te adorara, no lo dudes.
AUR. Mas, su conducta es inícua!
Yo me hubiese arrepentido
acaso de mis manías...
¡Pero si ya tiene un hijo...
con *dientes*, de una querida!
TEOD. El caso es que se ha marchado
sin decirnos donde iba,
y es muy fácil que furioso...
AUR. ¡No le pierda usted de vista!
¡Sígale por Dios, Teodoro!
No le deje usted.
TEOD. Amiga.
aunque no debiera hacerlo,
la complaceré en seguida.
Vaya, adios. (De qué manera
su genio se modifica.)
AUR. No le deje usted
TEOD. Descuide;
pronto le traeré noticias. (Váse foro derecha.)

ESCENA XV.

AURORA y AMALIA.

AUR. ¡Qué desgraciada es mi suerte!
¡Ay, de la que en hombres fia!
¡Mi esposo, que era un borrego,
al parecer... con queridas!

AMALIA. Hija, tú le has obligado,
por lo tanto, no te aflijas.

AUR. ¿Llamarme á mí coracero?...
Esto es lo que más me indigna!

AMALIA. ¿Y haciendo tú el ejercicio,
qué otra cosa parecias?...

AUR. Si ese niño no tuviera,
del mal al ménos.

AMALIA. Descuida.
Tal vez no sea verdad.

AUR. ¡Ay! Por mi mal no es mentira!

AMALIA. Teodoro acaso le encuentre;
y es fácil que se corrija,
y te pida tu perdon.

AUR. Perdonarle yo... en seguida.

AMALIA. Tú le faltastes.

AUR. Su falta
es más grande que la mia.

AMALIA. ¿Mira cómo yo y Teodoro
no reñimos en la vida?

AUR. Porque él es más complaciente
y más bueno.

AMALIA. Desvarias.
Porque sé llevarle el genio
y le halago con caricias,
haciéndole comprender
los goces de la familia.

AUR. ¡Ah! ¡Tienes razon, Amalia!
Yo pequé de inadvertida,
y para enmendar mi falta
ya es tarde...

ESCENA XVI.

LOS MISMOS y TEODORO, apresuradamente por la izquierda.

TEOD. ¡Jesus qué dia!
AUR. ¿Y mi esposo?... ¿Qué ha pasado?
¡Diga usted pronto!
TEOD. ¿Que diga?
¿Pues cómo, ustedes no saben?...
Creí que notado habrian
la confusion y las voces...
Ya la tenemos encima.
AUR. ¿Y qué?...
TEOD. ¡Que se armó la gorda!
(Se oye dentro el ruido de un coche.)
¿No oye usted la artillería?
(Pasa el simon, ni llamado
que fuese con campanillas.)
AUR. ¡Y mi esposo, que está fuera!
TEOD. Usted, por qué se intimida?
¡Vamos, vaya usté á buscarle!...
¡Coja usté la carabina! (Con ironía.)
AUR. Claro que la cogeré...
pero estas faldas malditas,
me estorban, y no me dejan...
(Buscando un pretexto.)
TEOD. ¿Y el valor? ¿Y la energía?
¡Ahora llegó la ocasion
de que muestre usté su fibra!
Usted levantó de cascos
á su esposo, y se acoquina
la primera... Él se marchó
más ligero que una ardilla,
deseando entablar quimeras,
y meterse en chamusquina..
Habló pestes del gobierno
en la calle de Sevilla;
allí entre un grupo de locos
como él, se le aproxima
un inspector, y á la cárcel
sin réplica le encamina.

Le sigue toda la gente,
y dando mueras y vivas,
de aquel tumulto salió
armada la sarracina.

AUR. ¡Qué escucho! ¡Francisco preso!
¡Y todo por culpa mia!

AMALIA. Claro, tú le aconsejastes...

AUR. Maldigo mi estrella inícua.
¡Aunque me faltó, no quiero
que por mí exponga su vida!

AMALIA. ¡Tarde conoces tu error!

TEOD. Muy tarde la enmienda aplica,
pues en estas circunstancias
de seguro lo fusilan.

AUR. ¡Dios mio, qué es lo que oigo!
¡Y aquí me estoy tan tranquila!...

ESCENA XVII.

LOS MISMOS y FRANCISCO, oculto en el foro.

FRANC. (Qué agena estará la pobre
de que la escucho.)

AUR. ¡Ay, amiga:
si yo te hubiese creido
esto no sucederia.
(Óyese dentro un tambor, que redobla.)

TEOD. ¿No escucha usted los tambores?
Tocando están en guerrilla.

AUR. Y yo me estoy en mi casa
mientras mi esposo peligra...
Corro á verle. Mi valor
le salvará... (Cogiendo la carabina.)

FRANC. (Pobrecilla.
Ganas me dan de abrazarla.)

AUR. Voy corriendo... (Va al foro.)

FRANC. (Saliendo.) No te aflijas.
Aquí estoy.

AUR. ¡Cómo! ¡Tú libre!
¡Ah, Dios mio, qué alegría!
Cerraré porque no vuelvan
á prenderte. (Va á hacerlo.)

FRANC. Está tranquila
que todo ha sido una farsa
entre todos convenida.
AUR. ¿Qué es lo que oigo?... ¿Será cierto?
FRANC. Para curar tus manías.
AUR. Es decir, que aquella carta?...
FRANC. Por Teodoro era fingida.
AUR. Angela Trillo, y el niño
eran...
TEOD. Completa mentira.
AUR. Le perdono á usted el disgusto
sólo por esta alegría.
¡Jesus! ¡Qué peso tan grande
se me ha quitado de encima!
¿Y la jarana?...
FRANC. Tambien.
AUR. ¿Si escuché la artillería?
TEOD. Era un coche que pasaba.
AUR. ¿Y el tambor?
FRANC. No lo adivinas?
TEOD. Era el chico del portero.
Como Pascua se aproxima,
le dí unos cuartos, y al punto
lo tocó en la portería.
AUR. Ahora tan sólo nos falta
ver si pronto te destinan,
y soy feliz.
FRANC. Si tampoco
es verdad la cesantía.
Los dos fingimos el cese.
AUR. ¿Es decir que me mentian?
Qué sé yo, lo de la carta...
Aun no estoy bien convencida.
FRANC. ¿Tienes la carta?
AUR. Aquí está.
FAANC. Pues ahora el despacho mira.
¿No ves la letra?...
AUR. Es verdad,
los dos una letra misma.
FRANC. Es claro, la de Teodoro.
TEOD. ¿Está usted ya persuadida
de que la mujer no sirve

para estos casos?

AUR. Me irrita
que duden de mi valor.

FRANC. Convéncete, Aurora mia.
Las mujeres no intervienen
en las cuestiones políticas.
Yo tambien soy ciudadano,
y si mi patria peligra
la defenderé por tí.
Así vivirás tranquila,
tú cuidando de la casa,
yo escribiendo en mi oficina.

AUR. Estas faldas del demonio...
Toma tú la carabina, (Dándosela con pesar.)
pero con la condicion,
de que cuando llegue el dia
sabrás usarla por mí.
Me aparto de mis manías.

TEOD. Por fin, volvió la casaca.

AUR. ¡Volverla! Usted desvaría.
Yo seré republicana,
aunque mi sexo me obliga
á no poder militar
de mi partido en las filas.

FRANC. ¡Aurora, dame un abrazo!

AUR. ¡Francisco del alma mia!... (Se abrazan.)

AMALIA. Ahora un besito á tu hijo,
y á almorzar...

TEOD. Reine la dicha.

TEOD. y AMALIA. Vamos pues... (Van á marcharse.)

AUR. ¿Pero señores,
no hay nadie que se despida?...
(Señalando al público.)

FRANC. Francamente, no me atrevo...

AUR. ¿Qué no?... ¡Trae la carabina! (Se la da.)
(Al público.) Aunque la suerte inhumana
me dió femenil flaqueza,
nadie á corazon me gana,
porque soy... republicana
de los piés á la cabeza.
Y pues conoces mi arrojo,
público, atiende mi ruego.

¡Por última vez la cojo,
no quieras probar mi enojo,
ó me aplaudes, ó hago fuego! (Cae el telon.)

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelóna.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreno.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferro	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez Y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorio.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez dex *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Minon Hermano.
Lérida.	J. Sol e hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp
Priego (Córdoba.)	J. de la Cámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S Ildefonso (La Granja)	J. Aldete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

